

OBJETIVIDAD, NARRACIÓN Y SENTIDO DE LA REALIDAD EN EL PERIODISMO

MAITE GOBANTES BILBAO
UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

1. Introducción

El presente texto regresa a la dicotomía entre los conceptos de periodismo objetivo y periodismo narrativo para tratar de perfilar sus contornos en la actualidad. La polaridad de modelos no es sino una faceta más del enfrentamiento entre la cultura científica y la cultura popular. En realidad, este texto intenta perfilar este conflicto: el que ha enfrentado al periodismo positivista, con un claro anclaje en el discurso científico, y al periodismo narrativo, que conecta claramente con relatos escritos y orales de toda condición.

La faceta más novedosa de este enfrentamiento se encuentra, en este principio de siglo, en la imparable inflación de historias que emanan de todos los medios: pudiera parecer así perdida la batalla del modelo objetivista: nunca antes se han contado tantas historias y desde ámbitos tan diversos. Christian Salmon dibuja el panorama que ofrece el imperialismo de las historias del siguiente modo: «Los manager deben contar historias para motivar a sus trabajadores y los médicos están formados para escuchar las historias de sus pacientes. Los reporteros se han unido al periodismo narrativo y los psicólogos a la terapia narrativa» (Salmon, 2008: 30). Varios años antes, desde las entrañas del quehacer científico, el neurólogo Oliver Sacks, reivindicaba los *relatos* clínicos:

En un historial clínico riguroso no hay «sujeto»; los historiales clínicos modernos aluden a su sujeto con una frase rápida («hembra albina trisómica de 21»), que podría aplicarse igual a una rata que a un ser humano. Para situar de nuevo en el centro al sujeto (el ser humano que se aflige y que lucha y padece) hemos de profundizar en un historial clínico hasta hacerlo narración o cuento; sólo así tendremos un «quién» además de un «qué», un individuo real, un paciente, en relación con la enfermedad. (Sacks, 2002: 12).

La fascinación por las narraciones es atribuida, por algunos autores, a la pérdida posmoderna de la fe en que es posible alcanzar el conocimiento verdadero. La investigadora Marie-Laure Ryan, sin embargo, propone concebir la narración nada menos que como «un estilo cognitivo o un modo de pensar» (2007: 22).

2. Verdad y valores en la narración periodística

Regresando a los medios de comunicación, donde el *storytelling* ha encontrado excepcional acomodo, se puede constatar en la actualidad una fragmentación y proliferación de los discursos que torna confusa la imagen del mundo; además, asistimos a una hipertrofia de la sentimentalidad, que ha ganado la batalla a la racionalidad (Arroyas et al., 2010: 8). Un visionario Walter Benjamin presentía ya en 1936 que «el arte de narrar se aproxima a su fin porque el aspecto épico de la verdad, es decir, de la sabiduría, se está

extinguendo» (Benjamin, 1991: 112). Una facultad que nos pareciera inalienable, aseguraba el pensador alemán, estaba desapareciendo: la facultad de intercambiar experiencias.

Benjamin dio en el corazón del problema, aunque la formulación resulte hoy sorprendente: «la cotización de la experiencia ha caído y parece seguir cayendo libremente al vacío» (Benjamin, 1991: 112). Sin embargo, nunca antes se han difundido, mostrado, intercambiado tantas experiencias, nunca se han empleado tantos y tan diversos medios con idéntico fin... ¿Qué contienen, en gran parte, *Twitter*, *Facebook* o *Tuenti* o muchos blogs, no solo los llamados ego-blogs? ¿Qué se halla en algunos chats sino intercambio -o exhibición- de experiencias, demanda de ellas? ¿Qué encontramos en la proliferación de *whatsapp*? ¿Qué anida en la publicación de diarios, autobiografías? ¿De qué hablan los innumerables rostros y voces que son convocados a todos los medios de comunicación? Sobrepassa ampliamente los límites del presente trabajo ahondar en cuestiones relacionadas con la comunicación de la experiencia, con la vivencia; no obstante, queremos señalar la aparente contradicción que entraña el enunciado benjaminiano. Tal contradicción solo puede ser superada apelando a un elemento: «la presencia, en el horizonte de la narración, de algún valor trascendente» (González Requena, 1994: 153). Posiblemente sea esta la cuestión más relevante en el asunto que ahora tratamos: la existencia, o no, de valores trascendentes en la narración. Solo teniendo en cuenta este factor, puede entenderse, incluso hoy más que en su día, las palabras de Benjamin. Las narraciones pueden proliferar pero puede que no porten sentido alguno.

Desde la perspectiva de González Requena, la desaparición de los valores axiológicos propiciada por el positivismo filosófico suponía, en la práctica, la *desaparición de la verdad* -de la relación constitutiva del sujeto con la palabra- en beneficio de la proliferación de los *conocimientos funcionales*, es decir, *verosímiles* (González Requena, 1994: 153). Este investigador muestra una mirada muy pesimista sobre las consecuencias que la ausencia de una dimensión simbólica puede acarrear: «Si la realidad se construye en los textos que nos permiten pensarla, igualmente en ellos, en los textos puede ser destruida». (González Requena, 2010: 17).

No obstante, el oscuro panorama dibujado por Benjamin es negado por otros autores. El profesor Albert Chillón cuestiona: «¿Merece la marcha de los tiempos tan apocalíptica diagnosis o será más bien que la transformación de las mediaciones está auspiciando nuevas formas de expresividad y sensibilidad, alguna de las cuales heredan el testigo que la vieja oralidad comunitaria entregó hace decenios?» (Chillón, 2012: 58). En opinión del profesor, «queda un minoritario aunque sensible margen para que la genuina narración y comunicación medren» (2012: 57-58).

En las primeras décadas del pasado siglo, es bien sabido, se reclamaba al periodismo objetividad. La objetividad como método se asume en el periodismo como una garantía de calidad precisamente cuando se es consciente de la influencia de los propios prejuicios, como una forma de desactivarlos en alguna medida o para que empañen lo menos posible la rigurosa observación. La orientación positivista, con su retórica objetivista, triunfó en la práctica profesional y en las facultades de periodismo no solo de nuestro país. También al otro lado del Océano: Gay Talese cuenta en sus textos autobiográficos, *Vida de un escritor*, y *Orígenes de un escritor de no ficción*, que obtenía calificaciones miserables en la Universidad de Alabama debido a su resistencia a emplear la pirámide invertida: «Las cinco W's [...] eran las preguntas que para ellos [los profesores] debían responderse de manera sucinta e impersonal en los primeros párrafos del artículo [...] yo a veces me resistía a esta fórmula y trataba en cambio de comunicar la noticia a través de la experiencia personal del individuo más afectado por ella» (Talese, 2010: 282).

Durante décadas «el positivismo constituía la cultura dominante y era la cosmovisión que imperaba e impregnaba el tejido social» (Galdón, 1989). Siguiendo la síntesis explicativa del profesor Jacinto Chozza, Galdón muestra cómo el positivismo se corresponde con la creencia según la cual la ecuación «científico = verdadero = objetivo = formalizado =

racionab» y su contraria «subjetivo = irracional = acientífico = incognoscible» categorizan plena y exhaustivamente la realidad y el conocimiento. Tales ecuaciones, por una reducción de lo científico a lo empíricamente verificable, llevaron a que se entendiera que todo aquello que dependía de la libertad humana comenzara a parecer como infundamentable, como incognoscible o como irracional (ibídem). Entendido de este modo, resulta comprensible el vigor y alcance del imperio positivista.

En este contexto, cobró necesariamente fuerza la reverencia al dato, al hecho (desprovisto de cualquier conflicto con el concepto de facticidad). Cobra fuerza la reinterpretación del hexámetro de Quintiliano, rebautizado 5 *w's* (*what, who, where, when, why* más el incómodo -por comenzar con hache- *how*). Así, cabe recordar, el género noticia debía responder en el primer párrafo a esas preguntas. Además, la primera persona se prohibía (no podía emerger de forma expresa), así como los adjetivos calificativos. Al tiempo, se prescribía la necesidad de presentar «las dos caras de la moneda», prescripción razonable, pero que ha dado lugar a un desatino periodístico todavía no superado completamente hoy: la abismal disparidad de cifras de participación en manifestaciones, según quienes las ofrezcan.

3. Retórica objetivista, retórica hermenéutica

Gadamer advertía que «quien parece estar cierto de su falta de prejuicios, en tanto que confía en la objetividad de su proceder y niega su condicionamiento histórico, ése experimenta el poder de los prejuicios, que lo dominan incontroladamente» (1998: 32-33). Para el pensador alemán, el objetivismo histórico no es sino la ingenuidad de la fe en el método, y en él cae «aquel que cree poder prescindir de sí mismo en la comprensión» (1998: 36).

El periodismo aspiraba antes a presentar un relato fidedigno de hechos. Pero ¿cómo ser fieles a lo real? ¿Cómo superar los límites de la percepción humana y lograr un relato de un acontecimiento que pueda ser aceptado como fiable? La intuición o las buenas intenciones no bastan. El método para conseguir eso forma parte de la esencia del periodismo y consiste en la disciplina de la verificación y se encuentra conectado con el concepto de objetividad (Kovach y Rosenstiel, 2003).

Ese es el gran reto que tiene ante sí cualquier persona que quiera escribir relatos periodísticos: «¿Cómo abrirse paso a través de chismes, rumores, manipulaciones y lagunas de memoria para captar un relato lo más fiel posible de los hechos, sujeto además a revisión a la luz de nuevas informaciones y puntos de vista? ¿Cómo superar los límites de nuestra percepción, de la experiencia personal y ofrecer un relato que la mayor parte de los lectores considere fiable?» (Kovach y Rosenstiel, 2003: 100). En esta misma línea, Lipovetsky señala que la clave de la regeneración del periodismo se encuentra en un replanteamiento de su identidad, que pasa por apostar por una información completa y justa, que sólo puede fundamentarse en una ética -de corte spinozista- basada en la formación humana y profesional para «el desarrollo del gusto por la verdad y la curiosidad hacia los hechos» (Lipovetsky, 2005: 244).

El presente texto reclama, consciente de la dificultad epistemológica, un modelo que aúne propiedades de los dos modos de entender el periodismo. Un modelo que podemos denominar, provisionalmente al menos, modelo hermenéutico-narrativo. En esta línea, el profesor Arroyas escribe: «El primer modelo [positivista] es indispensable por su apego a lo empírico, su rigor a la hora de contar solo lo que oye, ve y comprueba, su precisión en la acotación de los límites, su respeto por los hechos» (2009: 351). El modelo narrativo, también insoslayable, tendría la virtud de añadir creatividad al rigor, de fijarse en las intenciones, no solo en los comportamientos, de buscar significados, sentido. «Aceptar que todos los relatos objetivos de la realidad son en parte subjetivos permite una combinación

enriquecedora de ambos modelos y aumenta la responsabilidad del periodista a la vez que engrandece el desafío de su trabajo [...] En esa doble exigencia de precisión y creatividad reside el periodismo como arte del discernimiento» (2009: 351).

La joya de la corona de la retórica objetivista era la llamada estructura de pirámide invertida que prescribe que, tras dar cuenta de lo esencial en el primer párrafo de la información, para los siguientes párrafos quedaban otros aspectos que debían ser dispuestos en orden decreciente de interés. Como es razonable, son muchos los autores que han reparado en que tal *dispositio* invita progresivamente al lector a abandonar la lectura: los aspectos que se recogen son cada vez menos relevantes, menos interesantes y su narratividad, como indica López Pan (1997), dudosa.

La forma que se utilice para exponer los hechos es útil para dar apariencia de objetividad, pero lo esencial es que el acercamiento a los hechos haya sido realizado con un método objetivo. El método de la objetividad no se concreta -recuerdan Kovach y Rosentiel- en prohibiciones -repetidas en las clases de redacción periodística hasta la saciedad- como la de utilizar la primera persona o los adjetivos calificativos o en preceptos como los de presentar las dos caras de la noticia, etc., sino que se concreta más bien en una serie de procedimientos, actitudes personales y principios intelectuales como la renuncia a la ficción, la transparencia de métodos y motivos (lo que impide emitir juicios categóricos como si fueran hechos indiscutibles), la humildad, la claridad en la expresión de interpretaciones, la prudencia en las mismas, la consulta de fuentes variadas y equilibradas, la utilización honrada de las fuentes anónimas, el reparto equilibrado y justo de las voces que aparecen en un reportaje, la utilización de un lenguaje claro y rico, etc.

Lo anterior concierne al trabajo de enfrentarse a la realidad, pero a partir de ahí los recursos lingüísticos, retóricos con los que cuenta un periodista son muy numerosos. El periodismo exige una implicación personal del periodista, que pone en juego sus valores a la hora de interpretar la realidad. No aspira a reflejar la realidad de forma neutra, sino que indaga en la significación profunda de la noticia e intenta darle relieve a los hechos poniéndolos en contexto. Ese esfuerzo técnico y personal requiere del periodista un trabajo exhaustivo de investigación y de comprobación de las informaciones (modelo positivista), pero también le exige reflexión y valoración y (modelo hermenéutico) Arroyas (2009: 351).

Los medios de comunicación escritos: diarios y revistas en papel o en Internet tienden, cada vez más, a escribir haciendo uso de la libertad creativa que trasciende, con mucho, la pirámide invertida en la narración de hechos. Así, hay cabida para cuentos, mitos, canciones, películas, personajes y tramas de novela, sucesos de la actualidad e históricos, refranes y proverbios, leixias de toda condición, etc. El periodista dispone de numerosas herramientas para interpretar y contar la realidad: no es otro el espíritu del periodismo. El periodismo es popular por naturaleza: se escribe y habla para todos «para el docto y el menos docto», decía el manual de redacción de Martín Vivaldi.

A pesar de algunos de los excesos de los periodistas del Nuevo Periodismo, la esencia de su perspectiva tiene la virtud de reivindicar el apego a lo que ocurre, a la realidad: «La unidad fundamental de trabajo no es ya el dato, la pieza de información, sino la escena [...] Por consiguiente, tu problema principal como reportero es, sencillamente, que consigas permanecer con la persona sobre la que vas a escribir el tiempo suficiente para que las escenas tengan lugar ante tus propios ojos.» (Wolfe, 1981: 76). Kapuszinsky lo enunciaba en forma de advertencia: no era conveniente escribir de alguien con el que no se hubiese permanecido siquiera unos momentos.

4. Dickens y los cuentos de hadas

Las historias periodísticas están obligadas a negociar con lo familiar y lo extraño. Se busca un *dominio fuente* -más conocido y estructurado- que sirva para reflejar la estructura del

dominio meta, lo particular. A continuación, reproducimos dos ejemplos de entradilla: de una noticia *reportajeada* la primera; de un reportaje, la segunda. Son tan solo dos ejemplos de cómo opera la interpretación en textos informativos. En el primero, *A Claudia le salva la cigüeña*, lo familiar es el cuento de hadas y el pequeño mito de la cigüeña; lo extraño, lo desconocido, lo informativo en última instancia, es la historia de una joven rumana sin permiso de residencia en España que da a luz a un bebé mientras viajaba -custodiada por la policía- camino del aeropuerto para ser repatriada. El texto se asienta en dos mitos: uno, más débil, para el titular: el de la cigüeña que trae niños al mundo. El otro, vigoroso y presente tanto en la entradilla en el resto del cuerpo, es el de los cuentos de hadas, relatos en los que siempre se encuentra un momento en el que, de forma completamente inesperada, los acontecimientos dan un giro que permite que el protagonista se salve de una suerte atroz.

El segundo, un reportaje de Carlin sobre la crisis del periodismo, es un excelente ejemplo de entradilla basada en una figura retórica: la analogía. En concreto, en la que el autor halla entre la situación que se vivió durante la Revolución Francesa y la que vive hoy el periodismo con la revolución de internet. Además, tal analogía se articula sobre una cita de una célebre novela, en concreto, sobre las primeras líneas de la obra, que son extraídas para dar comienzo al *lead* del reportaje creando un sugerente juego de inicios.

A Claudia le salva la cigüeña, en El País, 16/1/2004

A Claudia, una joven rumana de 19 años, y a su pareja, la cigüeña les ha traído el mejor regalo posible. No sólo han sido padres de una hermosa criatura, sino que el destino ha querido que el alumbramiento de la mujer, producido mientras se procedía a su repatriación, frenara su expulsión a su país de origen, o, lo que es lo mismo, impidiera su reencuentro con la miseria de la que no hace muchos días huyeron en busca de un futuro más esperanzador. La trama de este cuento de hadas se inició en la noche del miércoles, cuando los agentes de la Brigada de Extranjería de Córdoba acompañaban a Claudia y a su marido, Iliev Viorel, de 21 años, hacia el aeropuerto madrileño de Barajas, donde sería cumplimentada la vuelta a su país. Habían sido detenidos en Córdoba sin la pertinente documentación, lo que provocó el expediente de expulsión que el miércoles se ejecutaba.

El momento crucial, en El País, 9/05/2009

«Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos; la edad de la sabiduría, y también de la locura; la época de las creencias y de la incredulidad; la era de la luz y de las tinieblas; la primavera de la esperanza y el invierno de la desesperación». Así arranca la novela *Historia de dos ciudades*, de Charles Dickens, el periodista más famoso de todos los tiempos. La trama del libro, escrito en 1859, se desarrolla durante la Revolución Francesa. Dickens, que trabajó en media docena de periódicos, podría haber escrito las mismas palabras hoy sobre la revolución de Internet. La irrupción de la *world wide web* en el antiguo imperio del periodismo ha provocado incertidumbre y confusión, sin que nadie tenga muy claro si la toma de esta Bastilla debe de ser motivo de esperanza o de desesperación. El consenso sólo existe alrededor de una gran contradicción: que vivimos en el mejor de los tiempos para el periodismo, y también en el peor.

BIBLIOGRAFÍA

ARROYAS LANGA, Enrique, *El periodismo como foro de debate. Fundamentos teóricos para la redefinición del papel del periodista en el espacio público*, Tesis doctoral inédita, Murcia, UCAM, 2008.

ARROYAS, Enrique, GOBANTES, Maite; NOGUERA, José Manuel, «La realidad fragmentada: tendencias del discurso mediático», *Sphera Publica* 10, 2010, pp. 7-14.

BENJAMIN, Walter, *Para una crítica de la violencia y otros ensayos*, Madrid, Taurus, 1991.

CHILLÓN, Albert, «Drama, narración y contingencia en la estela de Ortega y Benjamin», en Rodríguez, Jorge Miguel (coord.), *Contar la realidad. El drama como eje del periodismo literario*, Zaragoza, 451 editores, 2012.

DUTT, Carnten (editor), *En conversación con Hans-Georg Gadamer*, Madrid, Tecnos, 1998.

GALDÓN, Gabriel, «La documentación como factor del saber periodístico», *Comunicación y sociedad*, vol. II, 1989, pp. 25-50.

GONZÁLEZ REQUENA, Jesús, *El discurso televisivo: espectáculo de la posmodernidad*, Madrid, Cátedra, 1992.

..... «La destrucción de la realidad en el espectáculo televisivo», *Sphera pública* 10, Murcia, 2010, pp. 17-41.

KAPUSCINSKI, Ryszard, *Los cínicos no sirven para este oficio*, Barcelona, Anagrama, 2003.

KOVACH, Bill y ROSENSTIEL, Tom, *Los elementos del periodismo*, Madrid, Ediciones El País, 2003.

LIPOVETSKY, Gilles, *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*, Barcelona, Anagrama, 2005.

LÓPEZ PAN, Fernando, «Consideraciones sobre la narratividad de la noticia. El imperio de una sinécdoque», *Comunicación y sociedad*, vol. 10, n° 1, 1997, pp. 9-60.

RYAN, Marie-Laure, «Toward a definition of narrative» en Herman, David (ed), *The Cambridge Companion to Narrative*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007.

SACKS, Oliver, *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*, Barcelona, Anagrama, 2002.

SALMON, Christian, *Storytelling. La máquina de fabricar historias y formatear las mentes*, Madrid, Península, 2008.

TALESE, Gay, *Retratos y encuentros*, Madrid, Alfaguara, 2010.

..... *Vida de un escritor*, Madrid, Alfaguara, 2012.

WOLFE, Tom, *El nuevo periodismo*, Barcelona, Anagrama, 1981.